

SERGIO JAVIER RODA
(Martín Nigromante)
(Escritor – Artista Plástico Visual)



Vive en la provincia de Río Negro, ciudad de Cipolletti. Utiliza el seudónimo Martín Nigromante con el cual se hizo conocer en las Ferias del Libro y las Ferias de emprendedores en las cuales participó. Escribe cuentos fantásticos, poesías, ensayos y otros géneros narrativos; en sus obras pictóricas predominan los seres fantásticos, el costumbrismo y las problemáticas sociales; actualmente interesado en la fotografía y capacitándose en las caricaturas y la ilustración. Estudiante avanzado de Lic. en artes visuales y Lic. en letras, carrera que momentáneamente tiene abandonada desde el año 2017 para dedicar tiempo a su trabajo y a su producción literaria y artística.

LA REDENCIÓN DE ASTERIÓN

*“...¿Cómo será mi redentor?, me pregunto.
¿Será un toro o un hombre? ¿Será tal vez un
toro con cabeza de hombre? ¿O será como
yo?...”*

**“LA CASA DE ASTERIÓN”
JORGE LUIS BORGES**

Cubierto de sudor que al contacto con los ardientes rayos daba a mi piel el efecto de un seductor bronceado, caminé a paso lento mientras pasaba un jirón de su vestimenta sobre la superficie de la reluciente espada que todavía empuñaba. Observé el trapo impregnado en la espesa y maloliente sangre, saturada de una eterna maldición. Mientras abrazaba a la mujer que desde ahora sería mi prometida, le dije al oído y con una venenosa ironía estas palabras... *“¿lo creerás Ariadna, el Minotauro apenas se defendió”...*

Me mantuve silencioso recordando esa lucha majestuosa... esa muerte digna de quedar sellada con las doradas heridas de los héroes, en los anales de los mitos desconocidos. Cuando entró a la casa (no fue complicado hacerlo porque día y noche sus puertas infinitas permanecen abiertas) experimenté un asombro, reemplazado repentinamente por una destacada dosis de rabia y el ímpetu de vencer. Caminábamos alertas... recorriamos aquellos pasillos sombríos como animales acechando. El silencio imponente, dejaba a cualquier cripta envuelta en súbitas alegrías. Los latidos de ambos corazones ensordecían el sonido de nuestros pasos, impidiendo identificar las distancias entre nosotros. La soledad dominando el espacio, en el cual mi figura transcurría dúctiles minutos meditando sobre suerte tan necia y despiadada, era una taciturna testigo de la inquietud en el alma de ese visitante esperado durante años. Tardó en localizarme, por unos momentos creyó que jamás podría hacerlo al quedar confundido entre las múltiples reiteraciones de fastuosa edificación. Cada parte de la casa (que es inmensa y no presenta fronteras, como la mente humana) existe repetidas veces. Desenvainó la filosa arma y sus ojos fueron apresados por el reluciente metal, corroborando el nefasto filo deslizándola con suavidad sobre la palma de su mano. Cuando nos enfrentamos y vi su rostro por primera vez, supe previamente que los dioses habían enviado al ser indicado para hacerlo, el oráculo no se había equivocado. Tenía carisma... y ese detalle en la fisonomía provocando seducción y espanto al mismo tiempo.

Permití durante unos segundos, que estudiara mis movimientos... mis ojos... mi sed de venganza... la pasión de ganar palpitando en mi alma (si es que nací con ella). A cambio, me otorgó serenidad, como si deseara quedar envuelto por la mortaja de mi sino. Pero ambos coincidíamos en una cosa. Éramos muy orgullosos... hasta el extremo de cegarnos y no detenernos a contemplar las consecuencias. Era tal nuestra arrogancia, que en la vida podríamos haber sido amigos... ni enemigos. Ni reyes... ni súbditos... no existía espacio para ambos en el universo... (o al menos bajo el mismo techo; en la misma casa creada para mí, por mi padre). También asimilábamos otro conocimiento. Era imposible vivir separados, permanecer alejados el uno del otro. Ese orgullo tiene su explicación en mi linaje. ¡Soy el hijo de un rey!... ¡de un Dios!, si me permiten expresarme así. Porque un gran gobernante se convierte en poco tiempo, en una importante deidad.

Teseo se arrojó con una intrepidez sin igual, dando un salto y descargando sobre mi rostro el peso de su furiosa rebeldía; dibujando una larga y honda senda desde el párpado inferior derecho, hasta el mentón... a su vez, él quedó marcado por la garra de mi arcaico resentimiento, acumulado magníficamente en secreto para ser utilizado cuando llegara el triunfal momento. Un estigma cumpliendo la función de recordarme quien soy en realidad cada vez que me refleje en su imagen. Observó el hilo disfrazado en penumbras y rastreó la salida.

¿Les comenté en algún momento del desusado impulso por sentirme vencedor en el propio territorio de mis adversarios?... estímulo, tal vez creado por mi soberbia y misantropía (las mayores fallas en mi alma, las cuales durante innumerables años me ayudaron a sobrevivir al exilio predestinado por los dioses). No haré nada para defender mi naturaleza. Soy en parte, como me hicieron los hombres... en parte, una venganza del habitante más excelso del Olimpo. Vuelvo a mirarla... sus ojos, embellecidos por el centelleo de la duda, intentan interrogarme: *“Te encuentro diferente”*... me dijo con dulzura.

¡Ariadna es tan hermosa!... acaricié sus cabellos y levanté la mirada al cielo, hacia la morada de los dioses, quizá para agradecer... quizá para desafiarlos... no supe la razón, pero al hacerlo un rayo se infiltró en mis dañadas retinas hasta ese amanecer envueltas en sombras. Seguramente se acostumbrarían... con el tiempo.

Mi redentor llegó... él mismo decidió introducirse en mi casa para buscar su Destino... no podía resistirme a su apariencia. Era imposible impedir que se cumpliera la profecía...

Mi redentor llegó (finalmente resultó ser sólo un hombre) con una misión en sus manos y el peso de mis angustias en su alma... él, estoicamente vino a reemplazarme luego de un incomparable combate.

¡Ahora soy libre!... ¡y los responsables de mi encierro, serán condenados!

AMISTAD

Recuerdo cuando no hace mucho tiempo éramos compañeros. Él se levantaba todas las mañanas y mientras me besaba pinchándome con su espesa barba gris, salía a caminar por el campo llenando sus pulmones con la fresca brisa matutina. Saludábamos a los campesinos vecinos y guiado por su mano, yo miraba a ambos lados del camino sin dejar de asombrarme. Me sentía un gigante y una partícula más del universo al mismo tiempo, cuando me veía rodeado de tantas maravillas de la naturaleza. A veces nos acompañaba un nubarrón de moscas que no dejaban de zumbear en torno nuestro y tres pasos más atrás se lo podía ver a “Rancho”; el perro que llegó guiado por el aroma de una lejana parrillada. Nunca se quedaba sin palabras. Me contaba millones de relatos aunque generalmente, rememoraba cosas de su infancia.

“Aquel árbol –Me decía- me protegió muchas veces de una enorme paliza. Yo me escondía entre sus ramas hasta que se le pasaba el encono a mi padre, que ahora está descansando en paz... cuando las tripas me avisaban que la comida estaba lista, entraba a la casa y me recibía con un fuerte abrazo, mientras me ordenaba que me lavara las manos”.

¡Qué encantador era oírlo! Aprendí algo muy importante. De cada cosa insignificante que veía, se podía contar una historia. Claro que a veces me aburría, siempre había algo para prestar atención. Transmitir órdenes al capataz... o revisar que el tractor estuviese en condiciones... era impresionante pensar cuantas tareas tenía que cuidar. Pero eso sí, nunca se olvidaba que yo iba a su lado.

¡Cuánto añoro esos momentos! Mutuamente intercambiábamos lo que teníamos adentro con alegría. Así fue como me convertí en alguien muy especial en su vida. Nos volvimos inseparables. Él no podía estar sin mí y yo... yo fui adoptando una especie de lazo sobrenatural que me llevó a depender de él. Por la noche cada uno descansaba, nos quedábamos quietos esparciendo sueños y nos íbamos amodorrando mecidos con el sonido de los grillos. Pero cuando el alba despuntaba volvíamos a emprender aquellas fantásticas aventuras inolvidables. A otros les hubiese parecido tediosa esa rutina.

Aunque ustedes no lo crean, no podía estar ni un día sin escuchar su voz mientras esperaba que calentara el agua. Era muy parlanchín, casi siempre hablaba él, pero cada tanto yo le respondía con ese trino musical imperceptible y característico en mí. Me regocijaba al sentir sus caricias sobre mi cuerpo un poco regordete y como para recompensarlo, le cedía calor con la intención de que sus manos no estuviesen tan heladas en invierno.

Siempre fuimos amigos, pero nuestra amistad se estrechó más cuando Paula se marchó en el instante de un día en que los colores desaparecían. “Rancho” para entonces también se había ido. Ya era un perro viejo cuando lo vi por vez primera, moviendo la cola al lado de las chirriantes achuras.

Desde entonces solamente fuimos él y yo... Enfrentando al mundo y caminando juntos entre los maizales, continuamos así un tiempo más hasta que una mañana, no vino a buscarme. Me sorprendió ese abandono. Él me había prometido que jamás me dejaría y comencé a extrañar sus besos... y el contacto de sus manos.

Sin darme cuenta fui envejeciendo. Quedé en el mismo lugar donde me dejó la última vez que lo vi. En ese estante polvoriento... rogándole a Dios que termine conmigo para no ser esclavo de la soledad. Y el milagro, si me permiten llamarlo así, ocurrió para mí. Porque también debe haber una fuerza que protege a los objetos inanimados, pero que no podemos dejar de sentir.

Fue un temblor imperceptible, provocado por las maquinarias agrarias, pero esa vibración me llevó a la liberación de esa angustiada añoranza. El estante se desprendió y cayó sobre el piso. Mi cuerpo se quebró y derramó mi verde sangre ya seca que todavía quedaba en mi interior.

No se puede remediar. Lo pedí y se cumplió. Pero todo es mejor que permanecer como un adorno de madera, sin que nadie más te coloque la yerba con amor, mientras te confiesa sus secretos.

EL BANQUETE

Los comensales deleitaban los variados sabores en silencio. De vez en cuando intercambiaban miradas de culpabilidad. Poco a poco los sabrosos manjares desaparecían. Sólo se oía el deglutir y, de vez en cuando, alguna burla fuera de lugar.

- Este bocado es más tierno y jugoso –Dijo uno de los invitados.
- En aquella fuente dejaremos los sobrantes –Dijo otro.
- Esta porción es mía –añadió el anfitrión– ¡Qué nadie se atreva a tocarla!

La cena llegó a su fin; todos quedaron saciados. Sobre la mesa quedó desmembrada una obra que podría haber alcanzado cierto vigor, de no ser por los actos caníbales de los censores.

En el olvido... el alma de un escritor, desangrándose con cada una de sus frases censuradas.

HACEDOR DE UNIVERSOS

Y atravesé infinitos planetas; y en cada uno de ellos, vencí a muchos Hacedores sin darme cuenta que soy uno más de ellos. Frente a mi propia imagen, ante mi reflejo, destruyo y reconstruyo mi porción creativa; y así, destruyendo al hacedor existente en mí, surge un nuevo hacedor; aquel destructor de mi propio Ser, para volver a construirme.

¿Quién soy entonces? una nueva construcción libre de todos los grandes hacedores? un hacedor destructor de hacedores?... ¿o alguien que cree tontamente en liberarse de los dogmas? ¿Quién escribe los dogmas? ¿Serán escritos, estos, por un hacedor invisible y lejano que intenta atraernos?

Me percaté, entonces, de que ni siquiera soy la marioneta completa; me mantengo consciente de que solo soy, apenas, un trozo de hilo sosteniéndola.